

Historia de Dos Hermanos

Mario Pereyra

Los fariseos y los maestros de la ley lo criticaban [a Jesús] por esto, diciendo: "Este recibe a los pecadores y come con ellos". Entonces les contó esta parábola: . . . Un hombre tenía dos hijos . . ." (Lucas 15:2, 3, 11-32, Versión Popular).

Dos grupos de personas, con perspectivas opuestas, se han acercado a Jesús: los pecadores buscando perdón y esperanza, y los líderes religiosos procurando encontrar una oportunidad para desacreditarlo. Las tres parábolas que Jesús relata en esa ocasión —la oveja perdida, la moneda extraviada, y el hijo pródigo— ilustran magistralmente el plan de salvación. Y al llegar al último relato no podemos evitar identificarnos con los personajes de este conmovedor drama.

La historia de los dos hermanos no sólo personaliza a los dos grupos que escuchaban a Jesús, sino que también ilumina nuestros desvíos y aciertos, configurando el camino por donde deambula la condición humana. El contraste es evidente. El hijo perdido —que representa a los pecadores arrependidos— finalmente goza de la fiesta del reencuentro con el padre, en tanto que el hijo mayor —los autosuficientes fariseos y escribas— parecen quedar ausentes de la feliz celebración. El contraste no podría ser más evidente y paradójal.

En realidad la historia queda inconclusa, cuando la fiesta está por comenzar. El diálogo entre el padre y el hijo mayor se congela en el tiempo, mientras nos preguntamos cómo habrá terminado. ¿Hasta cuándo continuará el padre intentando convencer al hijo mayor de que perdone y se reconcilie? ¿Rechazará finalmente el

hermano mayor el ruego de su padre? He aquí el drama de la humanidad reducido a sus ingredientes básicos: el persistente amor de Dios que busca persuadir a la obstinada e insensata resistencia humana. El desenlace de este drama, con sus claras connotaciones escatológicas, depende de una decisión individual, de una generosa invitación aceptada.

Toda la parábola es en esencia un esfuerzo soberbio de comunicación. Oímos al hijo menor exigiendo su parte de la herencia, malgastándola en relaciones sociales frívolas, pidiéndole trabajo al dueño de los cerdos para poder comer, reflexionando en su monólogo interior, confesando sus faltas y reconciliándose con su padre. También escuchamos al hermano mayor preguntándole al siervo qué ocurre en la casa paterna y luego discutiendo ásperamente con su padre, acusándolo de favoritismo. Observamos las fuerzas que buscan la reconciliación y la armonía en sorda lucha con el encono, la envidia y el egoísmo. El relato deja abierta la puerta a la decisión personal. Queda flotando la invitación a dismantelar los procedimientos del odio y a construir la esperanza luminosa de una vida compartida. ¿Cómo se resolverá el conflicto? ¿Cuál será el desenlace?

La historia presenta dos claras alternativas. El hijo menor, golpeado por la adversidad, finalmente cede a la atracción invisible del padre y el hogar. Por contraste el hijo mayor, dominado por el resentimiento, rechaza a su hermano y se resiste a los ruegos paternos. En realidad, ¿cuál es el hijo "mayor" en el relato?

El Maestro narra una historia de complejas relaciones humanas para destacar el papel de la gracia divina. Su lenguaje costumbrista,

saturado de imágenes claras, presenta una penetrante radiografía del alma humana. Es un relato de alejamiento y regreso, de desdichas y alegrías, de obediencia formal y sincero arrepentimiento. Y nosotros también aparecemos representados en la parábola.

Perfil del fariseo

Con trazos diestros, Jesús pinta el perfil psicológico del hermano mayor. ¿Cuáles son los mecanismos mentales, las pulsaciones emocionales, las fantasías y ansiedades de este hijo aparentemente fiel y obediente?

Es evidente que en alguna ocasión él también acarició la idea de alejarse del hogar paterno para conocer el mundo y satisfacer sus pasiones reprimidas. Quizá esto ocurrió con más frecuencia desde la partida de su hermano menor. Este tipo de mimetismo emocional es común entre hermanos. Pero le faltó la valentía de enfrentar a su padre, abandonar la seguridad del hogar y asumir el riesgo de la aventura.

El hermano mayor tenía acceso a su parte de la herencia y también podría haberse ido. ¿Por qué no lo hizo? ¿Fue fidelidad, obediencia o temor? Sus palabras airadas revelan que se sentía incómodo en la casa del padre: "Tú sabes cuántos años te he servido, sin desobedecerte nunca" (vers. 29). Es claro que era prisionero de duros y acallados conflictos que devastaban su ser interior. ¿Qué cadenas misteriosas lo ahorraban a la casa paterna? ¿La cobardía? Obviamente no se había quedado porque valorase sus bendiciones, sino por simple inercia, por la incapacidad de vencer la rutina, por "miedo a la libertad", como diría Erich Fromm.

Los psicólogos han estudiado esta realidad anímica de fijación en el pasado, de parálisis espiritual, que genera un estado de frustración profunda. Algunos individuos buscan acallarla mediante diversiones, alcohol, drogas, o precipitándose en las actividades sociales. Otros ahogan su angustia esclavizándose con el trabajo. El hermano menor utilizó los primeros recursos, mientras que el mayor optó por el último. Vivió esforzándose por sofocar sus deseos secretos, haciendo obras que lo justificasen ante su propia conciencia y ante su padre.

¿Por qué eligen algunos este estilo de vida? Quizá porque llegan a convencerse de que están haciendo lo correcto y siendo justos. Puesto que esta conducta requiere mucho esfuerzo, esperan que tales méritos sean reconocidos y valorados por los demás. Cuando eso no ocurre, la fachada se desmorona. La falsa religiosidad da lugar entonces al resentimiento y la amargura. El corazón egoísta, autosuficiente, revela así toda su miseria.

Padres e hijos

Alfred Adler, fundador de la Psicología Individual, ha hecho un penetrante análisis de cada uno de los hijos de una familia, según la posición en el orden del nacimiento. Observa él que el primer hijo suele recibir mucha atención en el hogar. Esta posición de privilegio desaparece cuando nace otro hijo. De ahí en adelante el primero debe compartir con otro las atenciones de su madre. El hijo menor se transforma así en un rival.

Adler asegura que si este "destronamiento" ocurre cuando el hijo mayor tiene más de tres años, el niño puede manifestar verbalmente su disconformidad. Sin embargo, cuando el hijo siguiente llega antes de que el mayor tenga esa edad, el proceso tiene lugar a un nivel prelingüístico y se vivencia a nivel emocional. Al observar la dinámica social sugerida en la

parábola, es posible conjeturar que los hermanos estaban separados por un intervalo de más de tres años.

A lo largo de la vida los hijos mayores suelen mostrar un interés preferente por el pasado en que ellos eran el centro de atención. También son propensos al ejercicio de la autoridad y al mantenimiento de las reglas. De ahí que tengan una tendencia hacia el conservadorismo.

Adler observa que todos los hijos pueden ser "destronados" menos el menor. Aunque es el último en la secuencia, es el primero en el afecto familiar. Al mismo tiempo se beneficia con el estímulo psicológico e intelectual de los mayores. Con frecuencia se adelanta a los demás hermanos y los supera a todos. (Los ejemplos bíblicos de personajes como Abel y David podrían ilustrar este análisis.)

Con todo, el hijo menor es, después del mayor, el que más riesgo corre de tener problemas porque la familia lo mimó demasiado. Por una parte, tiende a querer ser siempre único y especial. Por otra, padece sentimientos de inferioridad porque todos los que lo rodean son mayores, más fuertes o más ricos en experiencia.

Pero el relato de Jesús incluye otro protagonista clave: el padre. Es él quien procura abrir el camino para el entendimiento y la comprensión entre los hijos. Es él quien intenta razonar con ellos y liberarlos de sus prisiones interiores para darles acceso a una vida madura y plena.

Un desenlace abierto

La parábola, tal como ha llegado a nosotros, queda inconclusa. ¿Será porque el hijo mayor debe dar su respuesta? ¿O porque el relato reclama nuestra propia decisión?

Es un hecho que la Biblia, y especialmente los evangelios, no pueden leerse como cualquier otro libro. Su contenido no consiste

meramente en información o entretenimiento. La voz de Dios en su Palabra requiere oídos receptivos y un corazón dispuesto. Esta historia que Jesús relata exige que nos convirtamos en uno de sus protagonistas y que respondamos desde su perspectiva. ¿Qué lugar ocupamos en ella?

Al presentar este drama humano, el Maestro ha reducido los personajes a lo mínimo: un padre y dos hijos. Pero al observar el tamaño de la mayoría de las familias bíblicas, es posible inferir la presencia de por lo menos otros dos hijos más entre el mayor y el menor.

Uno de ellos sería el hijo o la hija que se fueron del hogar para no regresar jamás. Lamentablemente, el Padre celestial tiene hijos que se lanzan a la locura mundana y pierden la vida en ella. El otro sería el hijo ideal, pleno, íntegro, que siempre estuvo junto al padre, trabajando feliz en el hogar. Es el que rechaza las fantasmagorías huecas del mundo, el que sufre con el padre la partida de su hermano, el que ora por su regreso y participa gozoso de la fiesta de bienvenida. La mayoría de nosotros, sin embargo, asumimos el rol de alguno de los dos hermanos que protagonizan el relato de Jesús. ¿Con cuál de ellos nos identificamos?

Los críticos literarios clasifican la mayoría de las obras dramáticas, de acuerdo con su desenlace, como comedias o tragedias. ¿Cómo clasificaríamos este drama humano? En verdad resulta difícil categorizarlo, porque el final de la historia continúa escribiéndose. Esta es mi historia y también la tuya. Somos nosotros los que estamos escribiendo sus últimas líneas. Las decisiones que hagamos hoy en respuesta a la voz de Dios determinarán el sentido último de su conclusión.

Mario Pereyra, escritor y conferenciante, es psicólogo clínico en el Sanatorio Adventista del Plata, Entre Ríos, Argentina.